

José Manuel Gómez y Méndez

Manuel Castells. *Redes de indignación y esperanza*, Madrid (España), Alianza Editorial, 2012 (1ª. ed.) y 2013 (1ª. reimp.) (296 páginas)

Manuel Castells sigue siendo la vanguardia cibernética en cuanto a la reflexión mediática a través de la cosmovisión de una sociedad actual como lo deja patente en la reciente obra que comentamos, la cual lleva el subtítulo de “Los movimientos sociales en la era Internet”. Una valiosa obra pautada en siete bloques aparte de su “obertura” y apéndices, sin faltarle sus páginas de agradecimientos que vienen a ser como el encuadre explicativo de la producción de este volumen donde se proyecta que el mundo no está “irremediablemente condenado al cinismo político y la imposición burocrática de formas de vida sin sentido”.

Un libro resultado de conferencias y meditaciones de autor y debates con auditorio a través de distintas disertaciones y planos investigativos, donde el sociólogo Castells reconoce: “Durante una década estuve estudiando la transformación de las relaciones del poder en interacción con el cambio en las comunicaciones y detecté el nacimiento de un nuevo modelo de movimientos sociales, quizás las nuevas formas de cambio social en el siglo XXI”. Una dinámica por encima de fronteras, “compartiendo dolor y esperanza en el espacio público de la red, conectándose entre sí e imaginando proyectos de distintos orígenes”, donde “los individuos formaron redes sin tener en cuenta sus opiniones personales ni su filiación”. Deja patente como “los movimientos se extendieron por contagio en un mundo conectado en red mediante Internet inalámbrico y marcado por la rápida difusión viral de imágenes e ideas”.

Se analizan los movimientos producidos entre 2009 y 2011. Va pautando Islandia, Túnez, Egipto, otras zonas árabes y Wall Street en Nueva York, evidenciando que las insurrecciones ciudadanas iniciales fueron espontáneas, procediendo “de llamamientos hechos en Internet y en redes de comunicación inalámbricas basadas en redes sociales, tanto digitales como presenciales, que existían previamente en la sociedad”, las cuales no se hallaban “mediatizadas por organizaciones políticas formales, que habían quedado diezmadas por la represión y que no contaban con la confianza de los jóvenes, participantes activos que encabezaban los movimientos”.

España en 2011 tiene espacialidad en este libro castellsiano, con análisis y pormenores de su desarrollo en fechas y acontecimientos, precisando que “si bien la ocupación del espacio público resultó crucial para que el movimiento fuera visible y para apoyar su forma organizativa clave –las asambleas locales–, su origen y su columna vertebral durante las protestas, pueden remontarse al espacio libre de Internet”; concreta acertadamente este análisis comparativo con carga histórica: “Cada uno se representaba a sí mismo y a nadie más. Esto volvió loco a los medios de comunicación, ya que las caras de cualquier acción colectiva son ingredientes necesarios para la técnica narrativa de los medios de comunicación. La fuente de este antiguo principio anarquista, habitualmente traicionado en la historia, no era ideológica en este movimiento, aunque se convirtió en un principio fundamental, respetado por la inmensa mayoría de los actores”. Fija y remarca que “estaba presente en la experiencia de las redes de Internet en las que la horizontalidad es norma, y no se necesita liderazgo porque las funciones de coordinación se pueden ejercer en la propia red mediante la interacción de los nodos”.

Se teoriza en este libro el concepto que se desarrolla como es en torno a la subjetividad y la red, al convertirse la red en sujeto, reflejándose cómo “desde sus móviles los manifestantes pudieron distribuir constantemente información, fotos, vídeos y comentarios para construir una red de comunicación en tiempo real superpuesta en el espacio ocupado”.

Se piensa el “espacio de la autonomía” en su conceptualización como “la nueva forma espacial de los movimientos sociales en red”, siendo el híbrido resultante del espacio del movimiento que “se hace siempre mediante interacciones sobre el espacio de los flujos de Internet y las redes de comunicación inalámbricas y los espacios de los lugares ocupados y de los edificios simbólicos objetivo de las acciones de protesta”. Asevera Castells: “La autonomía sólo se puede garantizar mediante la capacidad de organización en el espacio de libertad de las redes de comunicación, pero al mismo tiempo únicamente se puede ejercer como fuerza transformadora si se desafía el orden institucional disciplinario recuperando el espacio de la ciudad para sus ciudadanos”.

Queda suficientemente argumentado que las redes sociales son usadas por los internautas como materiales decisivos para “movilizar, organizar, deliberar, coordinar y decidir”. Concluye señalando que “los movimientos sociales en red son nuevas formas de movimientos democráticos, movimientos que están reconstruyendo la esfera pública en el espacio de autonomía creado en torno a la interacción entre sitios locales y redes de Internet, movimientos que están experimentando con la toma de decisiones asamblearia y reconstruyendo la confianza como la base de la interacción humana”. Una dimensionalidad y plena confianza de Castells en la navegación cibernética, en la intercomunicación de personas a través de Internet, analizada y desmenuzada con rigor y desgranamiento de meditaciones, sin embargo se nota la ausencia de haberse precisado en algún momento que la red informática llamada Internet funciona a través de la empresa “Internet Corporation for Assigned Names and Numbers” (ICANN), mediante la concesión de contrato de explotación, renovado periódicamente, por parte del Departamento de Comercio del Gobierno de los Estados Unidos.